

son de propiedad extranjera y deben dar prioridad a la contratación de egresados formados localmente.

La mayoría de los países carecen además de un sistema de educación superior diferenciado que produzca una fuerza de trabajo diversificada en respuesta a las prioridades de desarrollo en África. A menudo, por motivos políticos, los gobiernos africanos han replicado instituciones ya existentes o han elevado a los institutos politécnicos y profesionales postsecundarios a la categoría de universidades, básicamente creando “más de lo mismo” en cuanto a instituciones. No obstante, la demanda del mercado de trabajo es mayor para quienes poseen títulos de menor nivel en carreras de formación práctica más que para aquellos con títulos de grado académico.

África es actualmente la región de crecimiento más acelerado del mundo, tanto a nivel económico como a nivel demográfico. Cuenta con la población más joven del mundo, con enormes expectativas puestas en la educación. La región precisa de capital humano altamente calificado para sustentar su crecimiento económico y por lo tanto debe continuar expandiendo su sector de educación superior. Sin embargo, el desarrollo no se puede lograr simplemente generando grandes cantidades de egresados. Se debe asegurar que éstos sean contratados en empleos productivos. Por lo tanto, África debe resolver su principal desafío de la cesantía de los graduados. Lo que se necesita es que cada país africano cuente con estrategias y planes de acción concertados y bien definidos, tanto a nivel nacional como institucional. Además, esta estrategia debe ser en base a datos confiables y actualizados, cuya carencia es grave en la actualidad. Esta estrategia podría crear un sector de educación superior vibrante y capaz de desempeñar su papel más significativo de permitirle a África superar sus desafíos de desarrollo y transformarse en un polo de crecimiento global. ■

El peligro de olvidar los beneficios sociales de la educación superior

CHRISTINE MUSSELIN

Christine Musselin es vice presidente de SciencesPo, París, Francia. E-mail: Christine.musselin@sciencespo.fr

Uno de los principales supuestos detrás del discurso acerca de la creciente necesidad de una mayor educación superior, discurso que resultó ser muy efectivo a juzgar por el incremento exponencial en las cifras de estudiantes durante el siglo XX, consistía en que la educación superior tendría un fuerte beneficio social. Ciertamente, algunos estudios demuestran que las personas con estudios superiores tienen sueldos más altos, mejores condiciones de vida, una mejor salud y una mentalidad más abierta.

Un desafío esencial para la educación superior en las próximas décadas radicará en mantener estas convicciones y convencer a la sociedad de que la educación y la formación no solo logran producir capital humano sino que también cumplen una función y propósito social mayor. El conocimiento no es únicamente importante por su valor económico sino que también para la sociedad.

Últimamente, el aporte de la educación superior ha sido ignorado y hasta menospreciado por los formuladores de políticas y por los gobiernos de los países desarrollados, debido a que éstos enfatizan la necesidad de mayor conocimiento e innovación para promover el progreso económico. La capacitación de más trabajadores altamente calificados, capaces de entender y producir conocimiento, se ha presentado como un desafío para los países involucrados en la economía global del conocimiento. Lo aprendido en las universidades se considera menos importante que el empleo que se podría obtener al final de los estudios.

No quiero decir con esto que preparar alumnos para el mercado de trabajo no constituya una misión importante para las universidades, o que transformar a la investigación en una actividad de relevancia económica no deba ser una tarea asumida por la educación superior. No obstante, esto no debería significar el abandono de otras misiones y actividades o el desarrollo de programas de formación estrictamente instrumental, el final de la investigación básica, o el final de las disciplinas que carezcan de un impacto económico directo.

Este desafío es aún más importante porque el oscurantismo, la ignorancia, la intolerancia y el fanatismo desafortunadamente van en aumento. Los eventos recientes ocurridos en Europa, los terribles conflictos en algunos de los países de África y del Medio Oriente y la guerra civil en Ucrania son todas pruebas de que las instituciones de educación superior todavía deben promover los valores humanistas, preparar a la ciudadanía y ser socialmente responsables. Si bien estas misiones jamás han resultado suficientes para prevenir contra toda mala conducta y abusos, ya que algunas personas bien preparadas en muchos casos han demostrado ser tan fanáticos como las personas sin estudios, sí han sido generalmente efectivas y por lo tanto deben ser preservadas e incluso reforzadas. Puede que esto sea difícil de sostener en momentos en que las políticas de la educación superior promueven ante todo los roles económicos e instrumentales de las universidades. Aun así, es una batalla que habrá que librar y ganar en las próximas décadas, si es que las universidades han de continuar siendo un lugar en donde el conocimiento y los valores humanistas se protegen y difunden. ■

Los usos indebidos de la universidad

PATTI MCGILL PETERSON

Patti McGill Peterson es Asesora Presidencial sobre iniciativas internacionales en la American Council of Education y ex directora ejecutiva del Council for the International Exchange of Scholars – Programa Fulbright. E-mail: ppeterson@acenet.edu.

Vivimos en una era en que comprender la propia misión fundamental y serle fiel son conceptos fundamentales para una organización saludable. Mi preocupación por el futuro de la educación superior es el número de grupos de interés que le asignan una interminable lista de exigencias encontradas y su impacto sobre la misión fundamental de la educación superior.

Cuando el Cardenal Newman escribió sobre las universidades en los años 1850, buscaba definir no solamente su propósito para los estudiantes sino además su propósito en la sociedad. Al centro de la

noción de Newman estaba el estudiante y el entorno para la enseñanza y el aprendizaje. Estaba conectada a la sociedad pero no impulsada o fuertemente moldeada por ella.

Avanzando a Clark Kerr unos 100 años más tarde, los usos de la universidad campean la idea de la universidad. Su “multiversidad” es una institución mega-propósito, un lugar de visiones encontradas y, de acuerdo a Kerr, es tantas cosas para tantas personas que debe estar en guerra consigo misma.

Yuxtaponer a Newman y Kerr no es meramente un acto de nostalgia. Es una señal de que las exigencias sobre las universidades y la educación superior en general han aumentado exponencialmente. La educación superior ha sido crecientemente colocada en posición de entregar el antídoto para cualquier tema que los gobiernos, negocios e industria, principales donantes y otros grupos de interés definan como requiriendo de solución.

En este escenario es muy difícil ser fiel a una misión fundamental y planificar estratégicamente para potenciarlo en el tiempo. Las instituciones son como Napoleón en el frente ruso, con su línea de avanzada demasiado amplia y sus líneas de suministro demasiado cortas.

Todas las instituciones de educación superior, no solamente aquellas instituciones terciarias con misiones vocacionales, deben crecientemente rendir cuentas por hacer calzar sus ofertas educacionales con las necesidades de la fuerza de trabajo y la empleabilidad de sus graduados. Esto ha llevado firmemente a la “vocacionalización” de la educación superior a nivel de pregrado.

Son reales los peligros de diseñar el currículo de la educación superior para una utilidad inmediata. Ajustar títulos al lugar de trabajo contemporáneo y formar estudiantes para empleos específicos puede potencialmente pavimentar el camino hacia el desempleo crónico. Las fuerzas de la globalización y los nuevos descubrimientos podrían cerrar fábricas, esquivar industrias completas y arrojar graduados estrechamente capacitados al botadero estéril de la obsolescencia humana.

Mientras que no necesitamos volver al Studium Generale para ser fieles a la misión fundamental de la educación superior, ha llegado el momento de considerar cómo equilibrar la relevancia con lo atemporal y la utilidad de corto plazo con la competencia en el largo plazo. Al mirar al futuro debemos contar con lo que significa ser “útil” al considerar las obligaciones de la educación superior para con sus estudiantes y la sociedad. Si la misión fundamental es educar bien a los estudiantes para toda una vida, su utilidad incluirá un intelecto